



fundación
Ramón y Katia Acín

Ramón Acín *toma la palabra* 17 - Primavera es eterna



La apertura del curso del Instituto de enseñanzas medias de Huesca es remembranza de su paso por él y del renacer del cerebro, la alegría y la juventud. Había sido alumno de este Instituto desde el 27 de septiembre de 1900 -fecha en la que aprobó el examen de ingreso- hasta septiembre de 1907, cuando obtuvo el título de bachiller.

Con cursiva del diez. Primavera es eterna

2 de octubre de 1914, *El Diario de Huesca*. (Id. web: ap015).

La apertura del curso del Instituto de enseñanzas medias de Huesca es remembranza de su paso por él y del renacer del cerebro, la alegría y la juventud. Había sido alumno de este Instituto desde el 27 de septiembre de 1900 -fecha en la que aprobó el examen de ingreso- hasta septiembre de 1907, cuando obtuvo el título de bachiller.

Ayer se celebró la apertura de curso en nuestro Instituto. Si en mi pueblo me encuentro, jamás faltó a tal acto, ni me olvido jamás de sentarme con los estudiantes, pues recuérdame todo ello años pasados, y cuando un muchacho asciende los escalones en busca de un diploma, al ensancharse su pulmón, el mío se ensancha recordando cuando yo los subí, y al nombrar los suspensos, aun sin citar los nombres, con los que bajan los ojos los bajo yo, que sin citar mi nombre, también me contaron entre ellos; porque gusté todas las notas, porque la vida es variedad y la vida me agrada, y me agrada el vivir y el vivir es emoción.

Al acto asistió el mundo todo. Las macetas, en ancha balaustra colocadas, eran como ofrendadas de la madre Tierra; el sol caía por los ventanales rubio como trigo nuevo; los Argensolas, de Barbastro y el conde de Aranda, de Siétamo, y el padre Ramón, de Huesca y todo nuestro viejo saber, asomaban a través de sus dorados marcos, ventanas que son por donde miran los pasados tiempos. La belleza estaba representada por nuestras paisanas; la Esperanza en la juventud, en cuyas tersas frentes besóles ella; un Claustro representaba el saber; un Concejo el pueblo; una Diputación la provincia; un gobernador al Rey; un soldado a la Patria; un obispo a Dios; y, como prólogo a la fiesta, los solemnes sonos de un viejo timbal y las agudas voces de dos cornetines, recuerdo de los pífanos de más caballerescos tiempos.

El mundo, el mundo todo que venía a saludar a la primavera del cerebro; que la primavera será eterna mientras haya tierra, y mientras haya sol, y viejo saber, y mujeres bellas, y hombres fecundos, y pueblos, y Patria, y Dios; y así como al invierno de la Tierra sigue la primavera de la Tierra, al invierno de la vacación sigue la primavera del estudio; así como al invierno de una mujer hermosa sigue la primavera de sus hijas, al invierno terrible de la guerra seguirá luego la primavera de la paz; alegre como un crío que nace, como un libro que se abre, como un capullo que se despereza, alegre y fresca como una jovencita que salta del lecho y se zambulle como un cisne en el agua fresca que besó la Luna. □



Foto de estudiantes del Instituto de Huesca, 1902. Ací abajo, sentado con canotier y pantalón claro. Arriba, en la última fila y 1º a la izquierda, puede ser Felipe Alaiz, quien será su íntimo amigo y compañero de militancia en la CNT.



Vida y muerte de Ramón Acín

Felipe Alaiz de Pablo. Editado por CNT-FAI-JJLL. Barcelona 1937. Reedición facsímil. Ediciones Umbral. París, 1960 (Id FRKA: i118)

(Capítulos de infancia, 1 a 4)

1

Aragón tenía una vieja ciudad de muralla interior: Huesca. Capital de provincia propiamente dicha. Nido de burócratas, clérigos y militares. Oficina de caciques y arbitristas. Instituto de segunda enseñanza. Allí estudiamos Ramón Acín y yo en años distraídos.

Nos interesaba poco ver en la plaza de toros, cerca del cuartel de Caballería y desde el mismo en domingo primaveral, aquellas pantomimas estruendosas de principio de siglo, aquellas desdichadas corridas de pólvora que representaban indefectiblemente, como eco de las campañas africanas del 60, «el triunfo de la cruz contra la media luna».

Escenario grande, redondo y arenoso. Un ejército con ros y fusil vencía a los moros que se retorcián como piezas cazadas por las huestes apostólicas. El público relinchaba. Ramón y yo preferíamos ir a Jara, arboleda de tupida flora romántica para merendar allí y hablar en tono de escasa suficiencia para ser bachilleres predestinados. Y si algún domingo por la tarde acudíamos a la plaza era para ver a dos insignes payasos: Navarrete y Caprani.

Para nosotros, Navarrete y Caprani eran más divertidos que los catedráticos del Instituto: Eyaralar, gramático exigente; Enciso, el consabido ogro de las Matemáticas; Castejón, profesor de Geografía que sabía repetir de memoria los nombres de todos los territorios de Asia y nos deslumbraba al pronunciarlos con una seguridad imponente.



2

Huesca guardaba para nosotros, muy amigos de la calle y poco del claustro, un regusto escasamente agradable lleno de contradicciones. Yo tenía un pariente, furibundo reaccionario, pero de mentalidad risueña. Nunca me hablaba de religión. Me creía a una distancia de medio siglo de sus cofradías y de sus cirios, y como era él confitero y cerero, iba yo a la trastienda con Acín a empapelar caramelos. La Comisión la cobrábamos en especie manifiesta y en especie clandestina. Al recibir el importe de nuestro trabajo, reducido a un paquete de caramelos, ya nos habíamos apropiado y casi devorado triple botín.

Aquella trastienda era una especie de corte celestial. Curas y canónigos entraban y salían como volando en un aquelarre a bordo de sus anchos manteos. Llegaban párrocos rurales con cara redonda y epicúrea a encargar unas libras de cera y sacristanes más anticlericales que «El Motín».

Las conversaciones versaban siempre sobre la maldad de los tiempos. Pero allí se despellejaba al prójimo con una diligencia verdaderamente seráfica.

Acín me guiñaba un ojo y decía, cuando la marea de la maledicencia estaba a punto de ahogarnos:





Porches de Galicia, Huesca 1905

— Nada, pequeños, os vais al Coso a dar una vuelta y... buen provecho os hagan esos caramelos de verano, que no serán tantos...

Ramón y yo salimos de la trastienda como si hubiéramos ganado la batalla de Zama.

Tarde mayo, entre luces. El Coso se iba poblando de paseantes: parejas de novios, empleados, matracos llegados de los pueblos con el secretario para trampear o camuflar presupuestos y buscar alguna recomendación, grupos de jóvenes bulliciosos, modistas, curas, curas, curas...

Dábamos un par de vueltas y llegaba la hora fastidiosa para mí de cenar con unos colegiales internos como yo, aunque no tan amigos como yo de las escapatorias y de la intemperie.

— Hoy se saca ánimo.

Delicada alusión a la salmodia de aquellos rezadores que despellejaban al prójimo ausente con una mordacidad propia de las gentes de iglesia.

Había un cura joven que por congraciarse con el amo de la casa, presidente de todas las asociaciones católicas de la ciudad, dijo una tarde:

— Aquí hay Rinconete.

Acín y yo nos habíamos metido entre pecho y espalda una buena libra de caramelos de verano.

Todos callaron.

— El delito puede publicarse, pero no el nombre del delincuente — insistió el cura.

Y nos miraba con ojos de topo, acostumbrados a las tareas inquisitivas.

Dando quince y raya a su propia hipocresía, añadió el curita con sorna muy mal llevada:

— Podríamos registrar a los bachilleres en ciernes.

Avanzó hacia Acín y éste dio dos pasos atrás.

— A mí no me registra nadie.

- Ni a mí — salté yo envalentonado con aquella solidaridad en peligro.
- El confitero se echó a reír:



Acín era un hombrecito de ciudad. Como yo llegaba del campo, tenía el pelo de la dehesa muy tupido. Era tozudo y callado. Desobedecía cachazudamente a todos. Cuando el director del Colegio me anunciaba castigos tremebundos, pensaba yo que no llegaría la sangre al río. Este procedimiento de rebajar las penas era muy socorrido para que llegara un indulto a tiempo. La serenidad desarma a los tiranos.

Paseando un día Ramón y yo por las riberas del Flumen, me dijo que había una confabulación contra mí.— No será tanto — dije yo acudiendo al socorrido procedimiento de rebajarme la pena por anticipado.

— Te quieren suspender.

— ¿Por qué?

— Porque no sabes nada de nada.

— A reñir, les juego a todos — repliqué yo con mi afición ibérica a las peleas.

— Pero es que no se trata de reñir, sino de conjugar verbos irregulares. Y a dividir quebrados, cualquiera te gana.

Bajé la cabeza avergonzado o así. Los quebrados eran para mí una preocupación tremenda, pero sólo durante cuatro o cinco segundos.

— Si quieres el cachorrillo... — dijo de pronto Acín.«El cachorrillo...» Los que habéis oído ponderar lo que estima su fusil el árabe, los que comprendéis el amor frenético que tiene por una joya única el presumido, sabréis graduar lo que era un cachorrillo para Acín y para mí.

Arma corta, elemental, primitiva. Un cartucho de latón sujeto a la correspondiente armazón de madera en forma de culata con alambre fino. En lo que podríamos llamar recámara ciega y cerrada, un oído o agujero por la parte de arriba. En resolución, una pistola de zagal para llevar en el bolsillo. Cargado el cartucho con pólvora y perdigón mostacillo, poníamos unos granos en el oído comunicando con la carga, acercábamos un poco de fuego al oído cebado y salía una endiablada metralla con más peligro para la mano y para los ojos del que disparaba que para el enemigo. Creíamos muy seriamente que cargado el cachorrillo con granos de sal producía la muerte instantánea del rival.

— Si quieres, te dejo el cachorrillo — me dijo Acín — y vas a examinarte con el arma a punto. Llevas unos mixtos de yesca preparados. Si te suspenden, arreas una descarga contra el tribunal y que venga lo que quiera. Faltan pocos días para exámenes. Los quebrados tienen malas chanzas. Tú no sabes que cuatro quintos equivalen a cero enteros ochenta centésimas, o bien ocho décimas...Yo no sabía nada de nada. Las décimas y las centésimas, lo mismo que los cuatro quintos me parecían jeroglíficos. Acín me parecía el más afortunado de los brujos. Mi idea persistente era que el tribunal quería burlarse de mí porque era yo lugareño. No podía consentir burlas de tres vejestorios con toga y birrete. Que pretextaran una lección de quebrados o la batalla de las Navas de Tolosa, me era igual. Todo venía a ser lo mismo: disculpas para suspenderme.

— ¿Y tú te empeñas en enseñarme ese lío de los quebrados, Ramón? — pregunté a Acín, sintiendo de pronto la responsabilidad de quien premedita un homicidio y se arrepiente.

— Sí, prefiero darte un repaso que darte el cachorrillo.



— ¿En cuántos días me vas a preparar?

— En una semana.

4

El paciente y mañoso Acín me encasquetó en una semana la agria y descomunal teoría de los quebrados. Tuvo que hacer prodigios de habilidad. A mí, que me examinaran como nadador en el Cinca, como rabadán del viejo cabrero Chutrón, como ayudante del barquero Salas, como peón de viña, como tocador de requinto o como empapelador de caramelos de verano. Que me preguntaran por el Camino de Santiago una noche despejada. Conocía esas constelaciones que tan familiares son a los pastores y a los barqueros. Que me hicieran cavar patatas, trillar descalzo con aquellas dos jacas tordas que tenía en el monte de Ballobar Martín el Hortelano. Que me hicieran la jota baja en el guitarro o recitar el romance de Gerineldo. Que me hicieran subir a un peral cargado de fruta para desnudarlo. Pero, ¿los quebrados? ¿Para qué sirven los quebrados? Acín consiguió enseñarme el profundo y misterioso secreto de los quebrados en su casa de Huesca. Era él por aquella época — primeros años del siglo — un oscense de excepción nacido hacia el 87, adolescente despierto, remolón, amigo de lealtad irreprochable y aficiones andariegas. Manejaba el lápiz con mucha más soltura que los quebrados. Dibujaba pajaritas de papel. Una reminiscencia de aquellas infantiles pajaritas podía verse en el pequeño parque de Huesca modeladas por él pocos años antes de ser bárbaramente inmolado por los fascistas.

La solicitud de Acín me salvó del compromiso de disparar mi vengador cachorrillo contra un tribunal docente empeñado en preguntarme por la existencia de los quebrados para humillar mi orgullo pueblerino condecorado con unos cuantos cardenales patentes y unas cuantas heridas cicatrizadas del todo, producto éstas y aquéllos de riñas con invariable resultado traumático. Vencer o ser vencido era igual cuando se trataba de reñir. El mérito estaba en reñir por reñir, en reñir con el puntillo de que no dijeran que se esquivaba un desafío. «Viejo honor calderoniano español que perdura a través de los siglos entre los españoles susceptibles no lectores de Calderón.» De este tono español vidrioso nació Calderón.

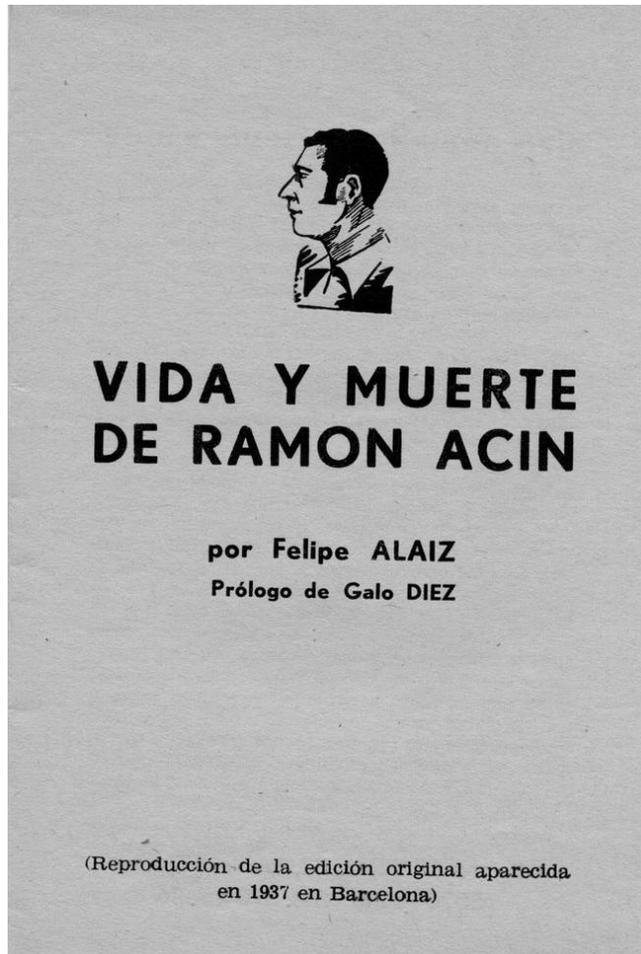
5

Vivía España una época que todavía no ha sido bien estudiada. El romanticismo literario era una ráfaga de agonía lenta de vals, no exenta de belleza. Contrastaba con el romanticismo popular, más vivo y efectivo que el escrito. Todavía en las veladas invernales las viejas hablaban de brujería, bandolerismo generoso, molineras alarconesas, amores contrariados, ruinas, gestas sin cronista y recios caracteres perdidos por los campos y las aldeas. Todavía los veteranos de la última guerra carlista explicaban en el carasol batallas sin nombre. Las batallas de renombre parecían inexplicables para los autores de aquellos relatos que habían empuñado las armas sin saber por qué.

Todavía quedaban por los pueblos del Alto Aragón viejos «tornos» de aceite con sus pesadas prensas, su «fogaril» enorme, sus espuestas y sus «torneros» empapados de caldos fuertes sin refinar y sin manosear. Se trillaba con trillos de pedreña y cuchillas. El pueblo tenía sus héroes, y no les tenía estima si no podía tutelarlos. Estos héroes no eran el Cid ni Bernardo del Carpio, sino viejos vaqueros maldicientes que interpretaban como profetas el lúgubre canto de la lechuza, las fases de la luna y la dirección del viento. Para el romanticismo popular, la ronda valía más que la ópera. La ronda despierta y la ópera hace dormir. En las estancias solariegas, las damiselas cantaban «Las golondrinas» o aquella «Tortolica» de ritmo lento o el vals de “Château Margaux”. Era el vals un aire enjaulado: «Bello Danubio Azul», «Mabel», «Danzas» húngaras, polonasas de Chopin, mazurcas, «Vals de las Olas», «El anillo de hierro», las zarzuelas nietas de Barbieri, «La Oración de una Virgen», «El ensueño de un Ángel». Y evocaciones coloniales armonizando con loros coloniales supervivientes, mantones de Manila, cigarreras de bambú o de sándalo, cornucopias isabelinas, retratos descoloridos...



En aquella época nació a la vida una conciencia tan vital y matizada como la de Ramón Acín. Se extinguían las guerras coloniales con merecidas derrotas y surgió como acabada expresión nacional de postrimería y estrechez el género chico. Todo era chico, pero los toreros eran califas. Hasta las bailarinas se hicieron sabias y egipcias para molestar más. Tenía España un rey de bastos y unas cuantas sotas de oros que manejaban a los caballos de espadas y copas. La clase media se incrustaba en los casilleros burocráticos de seis mil reales. Cada pueblo un poco grande tenía general, obispo y beatería acaudalada. □



Portada de la edición de Umbral. París 1960

Si quieres leer todo el librito Vida y muerte de
Ramón Acín
Pincha en el siguiente link

https://fundacionacin.org/wp-content/uploads/2024/11/I118_Felipe-Alaiz_Vida-y-muerte-de-Ramon-Acin.pdf



Felipe Alaiz de Pablo. (Bellver de Cinca, Huesca, 1887-París, 1959)

Víctor Pardo Lancina. Interactivo *La Línea sentida*. 2004

A pesar de estar hoy prácticamente olvidado, Felipe Alaiz de Pablo fue apreciado como el escritor anarquista más importante de su época. Fue leído, respetado e influyente como escritor y como periodista.

Desde su Bellver natal Alaiz llegó a Huesca, donde tenía parientes, muy a finales del siglo XIX para iniciar sus estudios de Bachillerato, y ya entonces entabló amistad con Acín, según cuenta el propio Alaiz en *Vida y muerte de Ramón Acín* (1937). Desde entonces fue Acín su amigo incondicional, seguramente también el más íntimo y con toda probabilidad el más duradero, ya que la amistad perduró hasta la trágica muerte del artista en los inicios de la Guerra Civil. Además, según piensa Francisco Carrasquer, intelectual libertario como ambos y contrapariante de Alaiz, la relación entre Acín y Alaiz fue el germen del grupo que durante los años de la Primera Guerra Mundial constituyeron en Huesca y Zaragoza varios jóvenes literatos y periodistas de inspiración republicana y costista, agrupados luego por Alaiz como «guerrilla antifascista»: Ángel Samblancat, Joaquín Maurín, Gil Bel, Ramón Acín y el propio Alaiz. Muchos de ellos colaboraron en *Talión* (Huesca, 1914-1915), luego todos coincidieron en el semanario republicano *El Ideal de Aragón* (Zaragoza, 1915-1920) y más tarde en otros empeños periodísticos o editoriales, lo mismo que todos hicieron suyas las ideas anarcosindicalistas, si bien Maurín evolucionó pronto hacia el marxismo aun sin dejar de militar en la CNT.

Felipe Alaiz concluyó el bachillerato en el instituto de Lérida adonde solicitó el traslado ya en 1899 y, según parece, inició estudios universitarios de letras en Zaragoza. No obstante, la muerte de su padre, militar retirado, le dejó libre para dedicarse a su verdadera pasión, el periodismo y la literatura. La madre de Alaiz pertenecía a una acomodada familia de Albalate de Cinca y ni ella ni las cuatro hermanas de Felipe objetaron nada ante la escasamente recompensada dedicación del único varón, más bien al contrario, le ayudaron en lo económico y le dieron cobijo las veces que llegaba huido de las fuerzas del orden, normalmente por delitos de opinión.

Alaiz inició su carrera como escritor en *El Diario de Huesca* en abril de 1913 y fue seguramente Acín quien le allanó el camino puesto que el oscense publicaba ahí sus viñetas desde unos meses antes, cuando el diario fundado por Manuel Camo estaba dirigido por Luis López Allué. En el verano de 1913, Alaiz viajó a París, como también pretendía hacerlo y en las mismas fechas Ramón Acín, aunque éste zanjó su viaje en Barcelona para colaborar con Samblancat en el efímero semanario *La ira*.

Entre 1918 y 1920 firmó asiduamente en *El Sol* de Madrid, el diario más prestigioso del momento, fundado en 1917 por Nicolás de Urgoiti y apadrinado intelectualmente por Ortega y Gasset. Según Alaiz, había sido el mismo Ortega quien lo había captado para su periódico y por ello le guardó gratitud inquebrantable. Al parecer, dejó el diario madrileño para consagrarse a la difusión de las ideas libertarias y desde entonces publicó casi exclusivamente en la prensa anarquista. Mientras colaboraba en *El Sol* vivía en Zaragoza donde desarrolló una intensa labor divulgativa en el campo del aragonésismo político y cultural.



La relevancia que adquirió la CNT hacia 1919 y 1920, así como el ejemplo de Acín o Maurín condujeron a Alaiz en torno a 1920 a saltar del nacionalismo al anarcosindicalismo. A finales de este año formaba parte ya del Comité Regional de la CNT en Cataluña y aunque no sin desacuerdos y polémicas se mantuvo fiel hasta el final de sus días al anarquismo de la CNT. Dirigió las publicaciones más señaladas del movimiento libertario –desde *Crisol*, órgano del grupo «Los solidarios», hasta *Solidaridad Obrera* o *Tierra y Libertad*–, derrochó una vastísima erudición en sus escritos y fue además traductor y sobre todo lector consumado. Entre sus autores predilectos se encontraban Eliseo Reclus, Baltasar Gracián o Joaquín Costa. Alaiz murió en París, con la austeridad que había dominado su vida, atrás quedaban veinte años de exilio, un campo de concentración de castigo, y multitud de páginas sugerentes: novelas, ensayos y artículos. □



Felipe Alaiz en la plaza de Cataluña. Barcelona, 1927

